

ficie la profundidad de la sintaxis que une y desune lo que vamos siendo. La poesía indisponde el lenguaje como mera comunicación, que es el sopor en el que late a diario, y lo pone sensible. A veces pensamos que se puede elegir cómo escribir, pero yo creo más bien que el que escribe desde esa conciencia, arrastra consigo una carga que ni siquiera sabría cómo dejar atrás. Porque al escribir se da un cuenta de que no se trata realmente de una carga, sino del peso que hace desencadenar el mecanismo. Si eso no tiene que ver con la filosofía, apaga y vámonos.

La isla, territorio de límites físicos precisos, es un espejo del ser. Por ello mismo el narcisismo insular, la impostación de la voz mediante el abuso cansino de este tópico, es harto frecuente en la literatura hecha en Canarias. Refocilarse en la orilla marina puede convertir al autor en la estatua de sal que menciona en uno de sus libros. ¿Cómo hace para volver una y otra vez sobre la insularidad y evitar este peligro?

García Cabrera escribió que las islas son objeto, oasis, para el que las mira desde fuera, y sujeto, punto de vista, mirador, para el que lo hace desde dentro. Hacer de la isla mi permanente objeto de contemplación no me interesa; pero perder la visibilidad insular, ese punto de vista, eso sinceramente no sé si soy capaz de hacerlo sin sacarme los ojos de la cara. En *Abra* hay un poema donde dejé escrita una intuición semejante: "Las cosas, casi siempre, suceden así: te entró arena en los ojos, y no te queda más remedio que mirar desde dentro de la arena. No es entonces lo que ves o lo que no se deja ver lo que está en juego, sino la supervivencia de la visibilidad". En todo caso, para mí la isla no es un territorio de límites precisos, yo la siento más bien como ese espacio que se habita sin poder dejar de sentirlo atravesado por la conciencia de la orilla sin fin, y una orilla no es nunca un límite, sino el ámbito donde el adentro y el afuera interactúan sin llegar tampoco a sintetizarse en uno solo. Por cierto, que en esa estatua de sal que menciona no todo es quietud. Yo la veo más bien como una figura paradójica en la que al supuesto castigo de la quietud que toda estatua parece soportar, se le superpone desde dentro la inquietud incontenible de la sed que da la sal. Volver el rostro siempre tiene sus riesgos, pero yo, antes que dejar de mirar, prefiero pensar que quien busca el origen con ese tipo de sed, realmente lo acaba abriendo delante, nunca detrás.

Por cierto, ¿dónde está la Playa del Tractor que menciona en "Ala y sal"?

En un rincón secreto que no pienso revelar en público, menos aún en una conversación con el reportero más andariego, perspicaz y culinquieto de estas ínsulas. Lo que sí puedo contar es que se trata de la única playa que conozco en Gran Canaria que logró vencer a la voracidad del ladrillo en un combate cuerpo a cuerpo: en su orilla quedó abatido, ruina y monumento al mismo tiempo, el tractor que se llegaba hasta la costa para robarnos a todos la preciosa arena tostada por el sol.

Cuando el cuerpo despierte

El poema es cómplice de la naturaleza olvidada en el sujeto

DANIEL BARRETO

Lejanía de sí mismo y del mundo: alienación. Casi se diría que, en todos los frentes, la fuerza alienante es la velocidad. En el trabajo, los afectos, el consumo. Abortar el tiempo necesario para metabolizar la experiencia termina por volvernos extraños ante el espejo. Sin embargo, y al contrario de lo que suele creerse, resistir no consiste simplemente en cambiar de la quinta a la primera marcha, tomarse las cosas con calma, irse de vacaciones. Falsas variantes que únicamente reponen fuerzas para cabecear de nuevo en el torbellino. La alternativa, enseñaba Bruno Bettelheim, tiene que ver con el recuerdo del propio cuerpo, su despertar en la conciencia. Despertar significa aquí escuchar de nuevo el mundo y eso solo sucede en la medida en que vuelven a comparecer la carne y los huesos. ¿Dónde? En las palabras.

En el paso laborioso y lento hacia el lenguaje se inscriben los libros del poeta Miguel Pérez Alvarado, particularmente sus dos recientes poemarios: *Ala y sal*, publicado por El sastre de Apollinaire, y *Abra*, última entrega de la colección El Faro de La Puntilla, dirigida por Eugenio Padorno en Mercurio Editorial. Según la nota final de *Ala y sal*, el libro se organiza en torno a cinco "espirales": tiempo, paisaje, palabra, amor y mirada. Creo que el centro de cada espiral no está vacío, sino habitado por el "levantamiento" del cuerpo, recuerdo que empieza ya en el movimiento a la vez íntimo y mundano del respirar: "Exhalas aquel aire/ y en paisaje amasado/ anuncian los cánticos/ el lugar, ahora, del reencuentro".

El despertar somático es la primera parada fuera de la alienación, a menudo vinculada a la contemplación del paisaje previamente explorado: "El tiempo derramado en el aire/ hasta hacerlo respirable;/ a los pies del olvido un nuevo tacto/ reptar y ancho coagula el deshielo de los días". El nuevo tacto es emblema del cuerpo sorprendido. Con razón escribió el doctor Angelicus que quien agudiza su tacto perfecciona los cinco sentidos. La sangre puede correr de nuevo por las venas: "embalsa y bulle la sangre/ de este cuerpo que esta vez,/ derramado el tiempo en el aire,/ margulla todos sus rincones". Recordar el cuerpo es levantar la vista, por fin, sentirse de nuevo en pie. Los propios huesos se vuelven bisagra entre adentro y afuera, pues siempre es simultáneo que palpase vivo implique contemplar lo que no soy yo, lo previo a mí: "Desde siempre, para tu epifanía;/ desde atrás/ las piedras y el mar y los barrancos,/ para tu ensanchamiento./ A pesar del viento en contra/ —cuchillo o cal o tapia—,/ tu cuerpo desde siempre desde atrás:/ cósmico quicio". La nueva vigilia perceptiva no es nunca únicamente clausura en sí mismo. El cuerpo es exposición, desapropiación, puesta en relación con el tacto de los otros. Saberse y tocar se entretejen sin fusión. Por eso el an-

claje no puede estar sino afuera: "No estaré/ si el regreso no tiene lugar en tu cuerpo; [...] / desenlazado el espacio/ que inaugura la respiración".

Si el padecimiento psicósomático, como descubrió Alexander Mitscherlich, proviene de una culpable renuncia a la libertad, entonces traer la renuncia a la conciencia libera al menos de la parte irracional del sufrimiento. La palabra poética, cómplice de la olvidada "naturaleza en el sujeto", podría deshacer el conjuro, aunque fuese por un instante, que encadena el yo a su autodesprecio. Y, sin embargo, el despertar de la propia carne, su tránsito de objeto pulido o

palanca de gimnasio a carne viva, no termina en armonía con el mundo. El último poema de *Ala y sal*, incluido como un polizón en la nota final, concentra en la estatua salina de Lot la recaída en el cuerpo paralizado, separado de su acceso al pasado, de la promesa insita en la memoria.

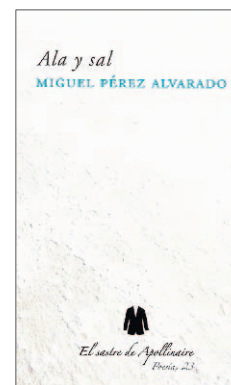
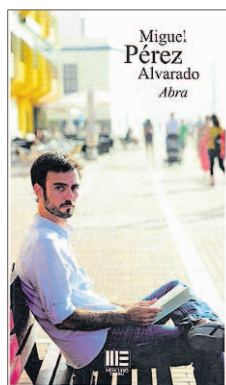
En las secciones "Expulso" y "Otro lenguaje", del poemario *Abra*, confirmamos que la memoria liberadora del cuerpo no era un motivo ideal, una figura más o menos abstracta, sino una experiencia situada. El "contemplado", como dijo Pedro Salinas, es el mar encarado en las orillas de Gran Canaria, especialmente de la playa de Las

Canteras. Contemplación que se reconoce inserta en una indagación poética previa y afin, la de Alonso Quesada o Pedro Perdomo Acedo, asediada por el viaje —ida o regreso— y siempre perseguida por la pregunta del autor de *Los caminos dispersos*: "¿En qué lugar está la perspectiva cierta? / ¿En el rincón atlántico/ sobre el solemne mar o en los caminos de estos hombres rápidos/ cuya es la hora tan breve/ como una diminuta mirada de paso...?" No es casual que Pérez Alvarado haya dedicado un libro anterior, *Tras la sístole. Viaje y escritura insular* (Mercurio, 2015), a explorar el vínculo entre el impulso al viaje, pérdida de lugar, y la condición isleña. El quicio de la orilla atisba un habitar incapacitado para la posesión de la tierra. La propia pregunta, pendiente y sin respuesta definitiva, perdiendo pie en el mar, será entonces la perspectiva cierta.

Abra

MIGUEL PÉREZ ALVARADO

Mercurio Editorial. Colección El Faro de La Puntilla



Ala y sal

MIGUEL PÉREZ ALVARADO

El sastre de Apollinaire

Agenda literaria 2019



ALBA

LA AUTÉNTICA Y GENUINA
AGENDA LITERARIA

Ilustraciones sugerentes, citas inspiradoras
y efemérides originales de los autores más
destacados de la literatura universal

albaeditorial.es

ALBA